

JENNY LEE

ANNA K

Título original: *Anna K.: A Teenage Tragedy*

© 2020, Jenny Lee

Traducción: Ariadna Molinari

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Fotografía de portada: © Shutterstock / Elena Rostunova

Fotografía de la autora: © Jackson Berlin

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: marzo de 2021

ISBN: 978-607-07-7226-9

Primera edición impresa en México: marzo de 2021

ISBN: 978-607-07-7228-3

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas -vivas o muertas- es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

primera
PARTE



Todas las chicas felices se parecen unas a otras, pero cada chica infeliz tiene un motivo especial para sentirse desgraciada.

Todo este asunto era un maldito desastre. Lolly descubrió que Steven, su novio, la estaba engañando mientras ella le compraba una nueva correa para su Apple Watch en la boutique de Hermès de Madison Avenue. Steven ni siquiera sabía que ella tenía su Apple Watch. Veinte minutos antes, él había decidido tomar una segunda clase de SoulCycle, pero Lolly le dio una excusa para no acompañarlo. (Su nueva dieta libre de gluten no le proporcionaba los carbohidratos necesarios para soportar una sesión doble de ejercicio sin desmayarse).

No era mentira y además necesitaba una oportunidad como esa y tener acceso a su Apple Watch para llevarlo a la tienda y comprarle una correa nueva, su regalo por su «cogiversario» de dieciocho meses, que era al día siguiente. (A Lolly no le gustaba celebrar su primera cita oficial con un nombre tan vulgar, pero así lo llamaba Steven. Ella le seguía la corriente porque lo amaba). Así que,

mientras Steven subía una colina imaginaria en el estudio de la Calle 83 Este, pedaleando al ritmo constante de «IDGAF», de Dua Lipa, Lolly estaba quince cuerdas al sur, en el mostrador de Hermès.

Trataba de decidirse entre la correa de doble vuelta fabricada con el icónico cuero naranja y una opción más masculina en negro mate. Mientras admiraba la correa naranja en su muñeca, el Apple Watch de Steven vibró y una pequeña foto de unos senos apareció en la pantalla, seguida de la burbuja gris de texto con las palabras:

BRAD

Tienes ganas de coger? 

Lolly dio un golpecito en la pantalla táctil para ver de nuevo la fotografía. Tras confirmar la peor de sus sospechas, se paralizó hasta que su instinto de lucha o huida se activó. Eligió huir; al echarse a correr, se le olvidó quitarse la correa y el enorme guardia de seguridad que bloqueaba la puerta la detuvo. Ella, que nunca fue muy buena para contener las lágrimas, comenzó a sollozar de la forma más lastimosa imaginable, con la mirada fija en sus adorados tenis Gucci (los que tienen las serpientes brillantes) que Steven le había comprado la Navidad pasada. Sin saber qué hacer, el guardia rodeó a la chica llorosa con los brazos. Ella apoyó su rostro sobre la chamarra de poliéster del guardia y susurró:

—Es un error. Debe ser un error. Por favor, que sea un estúpido error.

Al final, la hermosa empleada japonesa ataviada de pies a cabeza con ropa de Hermès, que había atendido a Lolly salió de detrás del mostrador para hacerse cargo de la situación y la llevó a una pequeña habitación en la parte trasera de la tienda. La sentó en un sofá y le dio una Perrier que le provocó hipo e hizo que llorara aún más fuerte. La escena era bastante vergonzosa para todas las partes involucradas. Kimiko, quien tenía diez años trabajando en Hermès, no ignoraba las desenfadadas infidelidades de los habitantes más ricos

de la ciudad, muchos de los cuales eran clientes suyos; pero, mientras presenciaba en la vida real la pérdida de la inocencia de aquella chica de diecisiete años, hubo algo que en verdad la conmovió.

Una vez que lograron quitarle el hipo, Lolly le preguntó si debía ver los demás mensajes de su novio o no.

—Es mejor que sepas qué tan grave es la situación mientras estás acompañada —dijo Kimiko con dulzura.

Pronto, ambas miraban embobadas la relación del novio de Lolly, escandalosamente gráfica, con aquel misterioso «Brad». Steven había guardado el contacto con un nombre falso, pero era imposible que ese «Brad» fuera un hombre, teniendo en cuenta la plétora de partes de la anatomía femenina que aparecían en las fotos que él había recibido en las últimas semanas. Incluso había un video borroso tomado bajo una falda que provocó que ambas hicieran muecas y gruñeran al unísono.

Para agradecerle a Kimiko por su amabilidad, Lolly compró una hebilla de cinturón de Hermès modelo Iris y un cinturón reversible, en azul zafiro y azul Brighton, y salió de la tienda quince minutos después. Tomó un Uber y fue directo al enorme *penthouse* de cuatro habitaciones de los papás de Steven (quienes estaban en Aspen esquiando), en el número 15 de Central Park West, para esperar a que él trajera a casa su infiel trasero. Con el pretexto de que tenía un regalo sorpresa para Steven, le dio cien dólares a Gustavo, el portero, a cambio de que no le dijera que ella estaba arriba; como prueba, le mostró la bolsa naranja de Hermès. El portero aceptó el dinero, pero era claro que le había advertido a Steven, porque diez minutos después su novio apareció con un ramo de rosas de la tienda en sus manos aún sudorosas.

—Lolly, nena. ¿Qué pasa? —fue lo único que logró murmurar antes de que el jarrón Tourbillons ámbar de Lalique, el favorito de su mamá, pasara zumbando junto a su cabeza y se estrellara en el piso de mármol del vestíbulo. En shock, miró fijamente a su novia, quien por lo general era tranquila, mientras ella le gritaba.

—Dime una cosa, Steven... —Ahora hablaba con ferocidad—. ¿Cuándo es tu cogiversario con Brad?

Lolly le estaba mostrando el Apple Watch como evidencia digital. Steven lo vio y en ese instante supo que era obvio que lo había descubierto. Su confusión momentánea se transformó en una tímida vergüenza y activó el modo de autodenigración al máximo. Intentó acercarse a Lolly, pero ella se alejó.

—¡No te acerques a mí! Eres... eres... ¡un cerdo asqueroso! Así es, ¡vi todas las fotos obscenas y viles que te envió la puta de Brad para mantener tu atención! —gritó.

Al oír la palabra *fotos*, la última *nude* que había visto en su teléfono después de clase cruzó la mente de Steven y por un instante una sonrisita lasciva se dibujó en su rostro. Era, a fin de cuentas, un chico de dieciocho años.

Por desgracia, Lolly se percató de la sonrisa.

El ruido que profirió después de eso fue más animal que humano y, al pasar junto a él para salir corriendo, casi lo tiró. Al no poder ir a ningún otro lugar que no fuera el final del corredor, abrió la puerta de la recámara principal y la azotó tras ella. Puso el seguro y se dirigió al vestidor de la madre de Steven. Se dejó caer boca abajo en la *chaise longue* de terciopelo rojo que estaba en el centro y empezó a llorar más fuerte de lo que había llorado en toda su vida.

Steven intentó hablar con ella a través de la puerta, pero en respuesta solo recibía el ocasional estruendo de los objetos que ella lanzaba contra esta. Una hora después, Steven estaba en la sala, viendo SportsCenter y comiendo su tercer Hot Pockets de pepperoni cuando recibió un mensaje de su amigo Kaeden.

KAEDEN

Brol! Le compraste un abrigo de piel a tu novia???!!!

Steven apagó la televisión y descubrió enseguida que estaba bloqueado y eliminado de todas las cuentas de las redes sociales de Lolly. (¡Hasta ahí llegó su racha de cuatrocientos cincuenta y tres días en Snapchat!). Le respondió a Kaeden:

STEVEN

Screenshot?

Unos segundos después, recibió una *selfie* de Lolly, tal vez desnuda, con uno de los abrigos de piel de su mamá. Al ser bastante más pequeña que ella, se veía ridícula en ese abrigo de marta cibelina rusa a rayas, con los ojos desquiciados y rodeados de rímel. Parecía una mapache rabiosa... una que acababa de enterarse de que su novio la estaba engañando y estaba furiosa. Meneó la cabeza y entendió que resolver la situación estaba mucho más allá de sus capacidades. Le envió un montón de mensajes seguidos a su hermana Anna, que estaba en Greenwich, Connecticut, diciéndole que necesitaba su ayuda de inmediato y con urgencia, en persona. Era menor que él, pero mucho más sabia, sobre todo, cuando se trataba de relaciones y de las complejas emociones que estas traían consigo.

Diez minutos después recibió un mensaje de Anna en el que le anunciaba que llegaría a la estación Grand Central a las 8:55 p. m. Antes de que pudiera responderle que tomara un auto, llegaron dos mensajes más en los que le explicaba que la última nevada estaba entorpeciendo el tráfico y que, según Google Maps, en ese momento la mejor manera de llegar a Manhattan era por tren. En su último mensaje, Anna le decía que esperaba que fuera a la estación a recogerla para que así ella pudiera escuchar su versión de emergencia.

ANNA

911 emergencia de novia!!!

Steven solo respondió:

STEVEN

Okey

No existía un solo *emoji* que pudiera expresar lo jodido que estaba.



Después de jugar *Shadow of War* para aclararse la mente y de tomar unos tragos del whisky Glenmorangie Pride 1974 de su papá para calmar los nervios, Steven intentó hablar con Lolly a través de la puerta otra vez. Momentos después, por fin recibió un indicio del estado mental de su novia, pero no fue bueno. Ella deslizó por debajo de la puerta la tira de fotos que se habían tomado en la cabina que pusieron en el bat mitzvá de su hermana Kimmie un año y medio antes. Antaño (¡hacía como cuatro horas!), esa fotografía era la posesión más preciada de Lolly y siempre la llevaba consigo en su cartera Louis Vuitton.

Steven descubría a su novia con frecuencia contemplando aquellas fotografías, aunque se trataba de situaciones diferentes a la que tenía que enfrentar ahora. En cada una de las cuatro fotos, Lolly le había perforado los ojos y le había dibujado pequeños peenes en la frente.

—Lolly, nena, no significó nada. Es a ti a quien amo. Te lo juro.
—Cuando lo dijo en voz alta, supo que era cierto.

Cuando Steven tenía catorce años, su padre lo descubrió recibiendo sexo oral de Jenna H una noche en que los papás de la chica habían ido a cenar a su casa. Su padre sacó a la humillada chica de la habitación y sentó a Steven para decirle dos cosas. La primera: tenía que esconderse mejor si no quería que lo descubrieran. La segunda y más importante: tenía que aprender cuál era la diferencia entre amar el sexo con chicas y amar a la chica con la que se acostaba.

Como estaba confundido acerca de qué decir, pero sabía que a Lolly la adoraba, del mismo modo en que todas las chicas adoraban a su hermana menor en cuanto la conocían, Steven anunció que Anna iba de camino a la ciudad, con la esperanza de que su novia lo interpretara como una señal de que no estaba dispuesto a rendirse. Pero, una vez más, solo hubo silencio en respuesta. Sin embargo, lo que sí recibió fue un mensaje del portero en el que le avisaba que Dustin L estaba subiendo al departamento. Steven suspiró, enojado consigo mismo por no haber cancelado la sesión de tutoría escolar que tenía tres veces por semana. Se levantó del piso del corredor y se dirigió a la puerta.

Consideró contarle a Dustin el predicamento en el que se encontraba, pues él era uno de los tipos más inteligentes que conocía, pero decidió que era imposible que se pusiera de su lado. Dustin era, técnicamente, uno de los amigos más antiguos de Steven, pues sus madres habían ido a las mismas clases de música de Mamá y Yo, así que cuando eran chicos jugaban juntos todos los martes y jueves, y fueron «mejores amigos» desde que eran bebés hasta que cumplieron cinco años. Pero los padres de Dustin se divorciaron y él fue a una escuela pública, mientras que Steven asistió a una privada, lo que significó que durante años no frecuentaron los mismos círculos sociales y solo retomaron el contacto hacía poco tiempo, cuando Dustin se convirtió en el tutor escolar de Steven.

En la actualidad, Dustin cursaba el último año y estaba a punto de graduarse con honores en Stuyvesant en junio, mientras que Steven cursaba el último año por segunda vez en Collegiate. Steven es-

tudió la primaria en Collegiate, pero lo expulsaron en quinto grado por bajarle los pantalones a uno de sus compañeros durante la clase de Educación Física. A continuación, lo expulsaron de Xavier en primero de secundaria por llevar marihuana y de Riverdale en tercero por pelear. Después asistió a Horace Mann durante algunos semestres y ahora había vuelto a Collegiate, donde lo vigilaban de cerca.

Steven le debía a su madre la posibilidad de haber vuelto. Ella había tenido que cobrar varios favores para lograrlo y, como uno de los requisitos de su periodo de prueba académico era mantener un promedio alto, tuvo que contratar a una serie de tutores escolares costosísimos que siempre renunciaban después de una semana, aduciendo la actitud mediocre de Steven (es decir, las groserías que salían de su boca) y su aún peor ética de trabajo. Desesperada, al final a su mamá se le ocurrió la brillante idea de llamar a la mamá de Dustin para saber si su hijo, cuyos impresionantes logros académicos siempre se hacían públicos en Facebook, estaría dispuesto a trabajar con Steven como tutor escolar. Ella sabía que su hijo tenía muy poco respeto por la autoridad de los adultos, pero ansiaba la aprobación de los chicos de su edad.

Cuando su madre se lo planteó en octubre, Dustin se opuso con terquedad a ser el tutor de Steven. Argumentó que Steven y él solo eran «amigos» porque sus madres se habían conocido por casualidad y que, sin lugar a dudas, no podrían haber tenido infancias más distintas.

—¡No tenemos nada en común! —gimoteó Dustin—. ¿De qué vamos a hablar?

—De lo que te pagan para que hables: cosas de la escuela —respondió su mamá con tranquilidad.

Dustin exhaló con fuerza e hizo una mueca. Mientras que Steven era un chico guapo, rico y fiestero que pertenecía al más alto círculo social de Manhattan, Dustin no era ninguna de esas cosas. Era adoptado y no sabía nada sobre sus padres biológicos. Bueno, sabía que su madre adolescente dejó una nota en la que decía que

el bebé debía quedarse con Tamar L, «la amable trabajadora social que era tan inteligente y atenta, mientras que ella misma solo era una niña que vivía en un hogar de mierda con su desastrosa mamá». Quería que su hijo tuviera una mejor vida y por eso sabía que debía entregarlo.

Y así, una noche de viernes en la que iba de camino al templo para su primer servicio de Sabbath en mucho tiempo, Tamar recibió una llamada de una trabajadora social del hospital, quien le dijo que tenía una hora para decidir si quería ser madre de un recién nacido de dos días. Al interpretarlo como una prueba para su descuidada devoción, se inclinó hacia delante en el taxi y le dio al conductor la dirección del hospital Saint Luke, en la Calle 122. Cuando le contó a su esposo de sus intenciones y le explicó la epifanía que había tenido en el taxi, el futuro padre adoptivo de Dustin no lo dudó un instante (a pesar de que ya tenían un niño de tres años) y exclamó: «¡Cuenta conmigo!». Y Tamar tuvo la seguridad de haberse casado con el hombre correcto. Dieciocho años después, la mamá de Dustin aún contaba esta historia, aunque con la advertencia de que, mientras que tuvo razón al adoptar a su hijo, se había apresurado un poco al juzgar a su actual exmarido.

Cuando creció, Dustin se convirtió en un chico callado y serio, cuyos padres adoptivos bromeaban con sus amigos sin cesar diciendo que sus genes jamás habrían podido producir a alguien tan inteligente. Él, acostumbrado a aquella rutina, respondía que estaba seguro de que sus padres biológicos jamás podrían haber hecho de él un judío tan bueno. (Hacía poco, con el incremento de la popularidad de Drake, sus amigos empezaron a considerar que la combinación de ser un afroamericano que se crio como judío era «cool» en vez de «rara»). Lo que la gente no sabía era que Dustin tenía tendencia a sufrir ataques de pánico e iba a terapia desde los diez años para lidiar con su ansiedad; por esa razón, la idea de ser el tutor de alguien «estúpidamente millonario» como Steven hacía que sintiera un nudo en el estómago.

—De ninguna manera. No puedo, mamá —exclamó Dustin—. Steven es el epítome del uno por ciento, los más ricos de la sociedad. Que yo lo ayude sería como si me pasara al Lado Oscuro. No soy Kylo Ren.

La madre de Dustin, como la mujer pragmática que era, le explicó con calma que le estaba dando demasiada importancia al asunto.

—Eres demasiado sensible, Dusty —le dijo—. Esto no es *Star Wars*. Es la vida real y no es justo que descartes a Steven solo porque nació con muchos privilegios. Nadie está diciendo que tenga que convertirse en tu mejor amigo. Se trata de un trabajo en el que vas a proporcionarle un servicio a alguien que lo necesita y que te pagará bien por ello. Ganarás más en los siguientes ocho meses de lo que yo gano en un año.

La tarifa estándar para un tutor escolar en Manhattan alcanzaba con facilidad los doscientos dólares la hora y, por supuesto, la mamá de Steven ofrecía aún más. Esto significaba que Dustin se embolsaría más de dos mil dólares a la semana, además de un bono de diez mil si Steven terminaba el año con un promedio por encima de 8.5.

—¿No ves que es una locura? —respondió Dustin—. Tú eres una profesional autorizada que se dedica a ayudar a quienes menos tienen, a quienes de verdad necesitan ayuda. Tú eres la que siempre dice que los trabajadores sociales y los maestros de las escuelas públicas tienen las profesiones más nobles y que, sin embargo, estas son menospreciadas de forma escandalosa en el mundo actual. Sinceramente, ¿cómo puedes sugerir que haga esto?

—¡No seas tan melodramático! El año que viene te irás a la universidad y esto evitará que tengas que buscar un horrible trabajo de medio tiempo para tener dinero para vivir. Así es como yo lo veo y tú también deberías verlo de la misma manera.

A Dustin le parecía que la perspectiva de su madre era simplista y miope, pero, cuando intentó decírselo, ella se negó a seguir dis-

cutiendo con él y le sugirió que lo hablara con alguien más antes de rechazar la oportunidad.

Dustin decidió zanjar el asunto con rapidez y consultar a la autoridad más alta posible: la rabina de su templo. Para su sorpresa, la rabina Kennison estaba de acuerdo con su madre y puso como ejemplo el hecho de que ella misma trabajó en McDonald's en la preparatoria.

—Les preguntaba a todos los clientes si querían hacer su combo grande. ¿Eso me vuelve responsable del problema de obesidad que sufre Estados Unidos? —preguntó. Antes de que Dustin pudiera responder, la rabina añadió que él estaría cumpliendo un mitzvá al usar el don de la inteligencia que Dios le había concedido para ayudar a otra persona—. ¿Y si, cuando crezca, Steven llega a ser senador porque lo ayudaste con sus estudios?

Dustin se habría burlado de la idea de que, aquel niño que se comió un escarabajo a los cuatro años porque lo retaron, pudiera llegar a ser senador algún día, pero se detuvo al recordar que el presidente del país había sido estrella en un *reality* y que engañó a su esposa embarazada con una estrella porno. En vez de eso, le agradeció a la rabina por los consejos y de inmediato llamó al doctor N para solicitar una sesión de terapia de emergencia. Tras cincuenta minutos de terapia, seguía sin saber qué decisión tomar. Concluyó que todos los adolescentes, tanto los ricos como los pobres, tenían la misma capacidad para hacer el bien o el mal, y que la mejor forma de combatir el mal era la educación... sobre todo, si no había una espada láser a la mano. (Al final de la sesión, el doctor N dejó caer que, si Dustin rechazaba el trabajo, quizá podría recomendar a su sobrino, quien era un pobre estudiante de Derecho en Fordham. A Dustin esta sugerencia le resultó bastante cuestionable desde el punto de vista ético). Tras una semana de morderse las uñas, aceptó el trabajo, pero le advirtió a su madre que renunciaría en cuanto sintiera el más mínimo pinchazo de conflicto interno.